



## Los conflictos de la proximidad y la excusa del racismo

Ángel Fernández Benítez

En el cuento *El espejo y la máscara*, parece que Jorge Luis Borges propone, con una enigmática alegoría, la siguiente tesis: la comprensión de la Historia suele venir de la mano de una crítica relativista y el efecto provocado en quien asume tal principio lo aleja, por el camino de la purificación, de cualquier tipo de convencionalismo. Dice el argentino que un rey encargó a un poeta la narración de sus hazañas. Tres versiones fueron imprescindibles hasta satisfacer al monarca. Ultimado cada trabajo, el soberano regaló al poeta un espejo primero, luego una máscara, finalmente un puñal. Sin embargo, algo había en aquel último poema, quizá la potencia devastadora de la palabra, que provocó el suicidio del poeta y la abdicación del monarca que se convirtió en vagabundo. ¿Nos advierte Borges del escaso peso de las obras de los hombres o del desalentador resultado que su análisis puede depararnos? ¿Qué tiene de particular un mundo que se refleja en un espejo? ¿Qué puede depararnos la meditación sobre una máscara?

A lo largo de la Historia de la Literatura, los poetas han insistido en ese símbolo que devuelve una realidad inexistente. El espejo nos ofrece siempre la imagen de un mundo observado desde fuera y, por tanto, constituye un instrumento de análisis distante; sin embargo, salvo en el de Carroll la imagen misma se torna impenetrable. El

*Dicha máscara  
ha sido  
confeccionada  
con los  
elementos  
culturales que  
el individuo  
tiene a mano,  
heredados y  
ajenos a priori a  
sí mismo*

cristal separa del objeto la realidad reflejada y cualquier movimiento del observador ofrecerá un panorama diferente sin que nada se haya movido en aquella superficie luminosa. Tal cosa me lleva a pensar que también el espejo del lenguaje ofrece cierto grado de incertidumbre sobre la realidad que devuelve.

Por su parte, la máscara, como simulacro del sujeto que en ese instante nos conforma, anula al hombre en ella contenido; primero porque dicha máscara ha sido confeccionada con los elementos culturales que el individuo tiene a mano y, por lo tanto, heredados y ajenos, *a priori*, a sí mismo; y en segundo lugar porque éste no ve el mundo más que por medio de los agujeros en que coloca sus ojos, y, a la vez, lo nombra desde esa abertura por donde proyecta su voz, que también son aprendidos. Insistir aquí sobre el concepto nietzscheano de máscara después de Vattimo y otros estudiosos me parece impropio.

*Ese próximo extraño no puede ser clasificado conforme al registro de materiales culturales y étnicos con que hemos construido nuestro espejo*

El cuento nos ofrece en bandeja dos símbolos que adquieren el rango de constantes en la vida de cualquier hombre. ¿No es el lenguaje un espejo? ¿No es la Historia un espejo? ¿No constituyen las costumbres un espejo? Cualquier producto del hombre se convierte en su espejo puesto que en él se mira y en él halla un correlato de su existencia, de sus sentidos, de su conocimiento y de su razón de ser. Cualquier palabra proferida convierte al hombre en una forma espejada por ella para cuantos la escuchan, así que en lo que dice y en lo que hace no sólo se ve a sí mismo reflejado sino que los demás, cuando reciben esa imagen, se la devuelven desde lo cóncavo, lo convexo o lo plano de mirada, sea en forma de gesto o de palabra. Por otro lado, esa máscara que, hasta cierto punto, lo anula, en sintonía con el espejo, lo convierte en un imposible como hombre, ya que su *ser yo* quedará oculto por la superficie de la máscara y ésta, construida también del lenguaje, la Historia y las costumbres de otros, le impone la parcial desposesión de su yo. Su ser de hombre se cebará de un implacable y abismático deseo de ser hombre que pasado por la asimilación de su propio espejo y su máscara sólo puede conducirlo hacia una imagen lejana de hombre perfecto con la que dirigir su voluntad o hacia posturas contemplativas o nihilistas, cuando no definitivamente cínicas en el peor sentido de este término.

Las consideraciones a las que me conduce el cuento de Borges me van a servir para orientarme en este discurso sobre las personas, procedan éstas de la cultura que sea, crean en el dios que crean y tengan los rasgos físicos que tengan. Al fin y al cabo, todo hombre

fabrica con el lenguaje en las costumbres y en la Historia, su espejo y su máscara, los que le sirven para mirar el mundo y protegerse de la mirada de otros.

Cuando el hombre occidental y caucásico, que habla una lengua determinada, habita un lugar concreto y se desarrolla según rol de costumbres específicas, se halla ante uno semejante a él con el que inevitablemente debe establecer una relación de la índole que sea, no deja de presuponer que, tras esa máscara de gestos aprendidos por ambos, de palabras compartidas, de ideas en general próximas, existe un hombre casi imposible de conocer. Incluso tras ese parapeto de actitudes compartidas en cuyo espejo se mira, llega a vislumbrar la posibilidad de un enemigo oculto allá donde el bisel del espejo difumina las imágenes. Atisba las reacciones de su oponente tratando de encontrar la pista de quien probablemente persigue, como él mismo, su propio provecho y que, por tanto, puede acarrearle algún inconveniente, si no lo tiene en cuenta.

Desde la Religión, la Filosofía y la Ciencia, los pensadores se han referido a esas relaciones. En unos casos han hablado del carácter predador del humano, en otros de la lucha de clases; se ha llegado a calificar al hombre como lobo de hombres. Por su parte, las religiones tratan de contrarrestar los efectos nocivos de las relaciones humanas, con principios morales basados en la caridad o con consejos mucho más pragmáticos como los que nos encontramos en el bíblico *Eclesiastés* o en *El Libro de la Sabiduría*, presididos siempre por la prudencia y la reflexión. La desconfianza entre los humanos, pares y próximos, es tanta que, a fin de neutralizarla, han dispuesto un conjunto de pautas para relacionarse en esos hitos en que la vida se desarrolla: se han inventado las normas de urbanidad y hospitalidad, así como todo un complicado y persuasivo conjunto de leyes, organizando grupos de hombres encargados de hacerlo cumplir por la fuerza... Llegamos incluso a utilizar la muerte como arma disuasiva o como castigo de una relación impropia.

Cuando ese occidental de raza caucásica presiente en su semejante, tras larga relación, un *alter ego*, que le permita realizar su viaje vital en compañía fiable, no duda en cuidar con celo a ese conciudadano, ofreciéndole ciertas atenciones y proclamando a través de ellas la alta estima que por él siente. Así manifiesta lo inusual de su hallazgo y llama a ese fenómeno, con sentida veneración, amistad o amor. Basta, sin embargo, aumentar los intereses en cualquier asunto para que, incluso en el seno de la amistad, se reproduzca el

*La clasificación de los distintos grupos sociales nos aporta tranquilidad en nuestras relaciones, pues sabemos en todo momento cómo tratarnos*

demonio del recelo; y hasta el amor llegan a veces las raíces de la desconfianza: esa sociedad que llamamos matrimonio basada en vínculos tan íntimos y tan profundos acaba convertida en un pacto firmado ante la autoridad competente o, previamente, ante notario con separación de bienes y otros complementos del estilo en previsión de futuros desacuerdos.

Si unas costumbres similares, unos rasgos parecidos, unos ademanes reconocibles, un lenguaje común, incluso en el seno de relaciones de amistad o de amor, nos proporcionan una máscara que recibimos con cautela, qué podrá ocurrir cuando dicha máscara nos presenta facciones distintas, gestos inusuales, actitudes desconocidas, lenguaje incomprensible. En este caso, nuestro prójimo (que nunca es lejano, porque en sí es necesariamente próximo) posee una imagen que nos resulta difícil de catalogar, pues nos parecen herméticos sus rasgos, originales sus ademanes incluida su forma de mirar, inabordable su lengua, impracticables sus costumbres, ajenos su dios y su moral... Ese próximo extraño con quien, por razones coyunturales, debemos gestionar necesariamente el desenvolvimiento de nuestra vida económica, social o política, ese ser inevitablemente prójimo no puede ser clasificado conforme al registro de materiales culturales y étnicos con que hemos construido nuestro espejo, un espejo perfecto para nosotros que, sin embargo, ese individuo diferente no comparte simplemente porque tiene el suyo, su propio espejo, diseñado desde aquel entorno, costumbres, forma de actuar, rasgos físicos, historia, religión, etc., que le permitieron mirar su máscara y reconocerla a él y a los suyos durante generaciones cuando no compartía con nosotros el medio físico, sino que se ubicaba en el suyo propio y, por tanto, aún no se había producido esa proximidad que ahora nos asusta, sin duda, a ambos.

*En la  
problemática  
que gira en  
torno al racismo  
hay ocultas  
siempre raíces  
de tipo  
económico y  
profesional*

No habrá problemas jamás antes de que quienes, por cualquier motivo, son *próximos* empiecen a serlo. Es decir, mientras un bosquimano del centro de África y un anglosajón neoyorquino se encuentren respectivamente en el Kalahari y en Nueva York, y por tanto se hallen lejanos el uno del otro, sin que sus intereses converjan jamás, difícilmente se presentará entre ellos un problema. Sin embargo, tan pronto se aproximen, se producirán todas las rivalidades imaginables propias de hombres, pero además cuantos conflictos surjan en la intersección de sus intereses, no sólo llevarán el sello de su natural y humana desconfianza, sino, al menos otra constante más: al normal recelo, se añadirán los prejuicios de sus

diferentes espejos y la extrañeza de sus máscaras. Así tendremos servido eso que llamamos xenofobia, que derivará en racismo, si a las diferencias culturales de la máscara se le añadan elementos étnicos, en fin, cuando los dos individuos se consideren diferentes también por sus rasgos somáticos.

Hay un factor clave a la hora de abrir abismos entre los hombres y exagerar sus diferencias. Lo decía Juan Ruiz en su *Libro de buen amor*: el hombre por dos cosas se esfuerza ( lo digo en términos actuales); la primera por tener con qué mantenerse y la segunda por el placer sexual. Voy a referirme a la primera, es decir, a la cualificación para un trabajo específico, a la posibilidad de ejercerlo y a su capacidad para almacenar, gracias a su esfuerzo, bienes materiales. En fin, su grado de formación profesional y su poder adquisitivo me parece que constituyen un factor clave en este tema que, tocando tangencialmente cierto pensamiento de Hobbes, ahonda en un aspecto puntual de las relaciones entre los hombres. No digo que el mundo esté simplemente dividido en ricos y pobres, e ignorantes y cultos, aunque, en términos generales, sea una verdad vigente.

La economía de los países desarrollados ya no basa sólo su mercado de trabajo en aquellas grandes masas de operarios del capitalismo decimonónico, sino también en la cualificación de éstos asociada a la existencia de una escuela pública que, en términos generales, ofrece una relativa igualdad de oportunidades. El conocimiento de una profesión y la envoltura cultural que ella lleva consigo permite al individuo instalarse con mejor o peor fortuna en el seno de la sociedad. El mismo principio rige para la clasificación de los distintos grupos sociales; y, como casi todas las clasificaciones, nos aporta una considerable tranquilidad en nuestras relaciones, pues sabemos en todo momento cómo tratarnos con los iguales y, aunque menos, cómo desenvolvernos antes gentes de diferente *status*.

Durante siglo XVIII y el XIX a causa de la necesidad de mano de obra barata así como en atención a la expansión imperialista europea y en los últimos años del siglo XX, de forma más general, a consecuencia de la desaparición de los imperios coloniales y de la caída demográfica de Europa, se han producido encuentros culturales y étnicos extraordinarios, tanto por la abundancia como por la diferencia. Primero el sistema esclavista y la extracción masiva de materias primas, luego los movimientos migratorios, fundamentalmente de Sur a Norte, de gente que huye del hambre y del miedo,

*Quien habla como yo es como yo, así que puedo depositar en él un mayor grado de confianza respecto a otro que no comparte mis modos lingüísticos*

han cambiado el panorama cultural y racial en que habitaban los individuos de raza caucásica. Éstos, aunque habían convivido con individuos de otras razas y culturas (gitanos y judíos sobre todo), habían preservado su *status* mediante un sistema de castas que diversificaba las ocupaciones. El proverbial nomadismo gitano, el mercantilismo judío dejaba las manos libres a la clase dirigente política y económicamente, mientras que el pueblo llano recelaba de unos y de otros. Esa fórmula de castas no era estable, sino que sufría de cuando en cuando turbulencias significativas que llegaban a acabar en deportaciones o matanzas.

*Quando el grupo siente miedo ante la presencia de nuevos grupos humanos que se han asentado junto a él, los antagonismos tomarán la forma del racismo o de la xenofobia*

La otra solución, cuando los hombres han convivido con los conflictos que dimanaban de sus relaciones con vecinos distintos, culturas diferentes, lenguas extrañas, etnias diversas, ha sido generar distancia en la proximidad; me refiero a la construcción de arrabales, ghettos, o a la práctica del desarraigo. También se ven diversificados y distantes los usos, las costumbres, los estilos de vestir o las formas de cantar.

En la actualidad, la avalancha de individuos que pretenden entrar en los países económicamente estables y políticamente libres, procedentes de sociedades paupérrimas o en profundas crisis políticas, hace que crezca el recelo de quienes en su casa ven en peligro sus economías domésticas y su seguridad personal —me refiero a trabajadores y a un amplio sector de la clase media—, a la vez que las clases dirigentes se ven atrapadas en un juego de intereses complicado: por un lado, la inmigración trae mano de obra especialmente barata que se aplica a tareas que muchos ciudadanos no apetecen, a la vez que pueden nivelar los desequilibrios demográficos de Occidente; por otro lado, el sistema racional y democrático no propicia otro valor que el de la igualdad ante la ley y se ve avocado a permitir e incluso potenciar la defensa de los derechos humanos y el asociacionismo de inmigrantes, lo cual no le permite defenderse de la afluencia de personas con facilidad, sino con métodos legales y policiales. El conjunto parece una sociedad en crisis, desarticulándose para articularse de nuevo en función de los acontecimientos. Nada más.

Según escribía en un artículo reciente la profesora Adela Cortina, en la problemática que gira en torno al racismo hay ocultas raíces de tipo económico y profesional. Lo mismo que ocurría en el caso de las relaciones entre individuos, también en las relaciones entre los grupos, sociales y económicas, se añaden esos otros factores que metafóricamente hemos llamado *el espejo y la máscara*. De esa

manera las dificultades que surjan con el trato entre los grupos se abismarán en esa sensación de diferencia que hace a unos del primer orden y a otros del segundo, según se concentre el poder político y, sobre todo, según se hayan sucedido los acontecimientos históricos previos a favor de unos o de otros.

Sin embargo, no se trata, ciertamente, de una contradicción, en el seno de la *superestructura* cultural de la que hablaba el historiador francés J. Brodel, sino, más bien de un conflicto en el que se dirimen temas estructurales y coyunturales que envuelven al ciudadano y que vive, eso sí, como una contradicción de su propio pensamiento.

La versatilidad del hombre lo hace capaz de instalarse con ciertas posibilidades de éxito casi en cualquier medio. Por ello, nuestras relaciones de vecindad, nuestro mundo laboral, el tibio terreno de la amistad, el otro más íntimo de la familia y del amor nos permiten ofrecer un yo diverso, siempre construido semiológicamente en virtud de la educación recibida. Ese yo que se dirige a un extraño utilizando *usted*, o que llega a susurrar en los oídos de la mujer amada las ternezas más profundas; ese yo que ofrece la mano como saludo a un desconocido, que abraza fraternalmente al amigo o besa sin reparo al hijo. Para no irnos del tema, las relaciones que establecemos con nuestro entorno se fundamentan en unos cuantos principios: el cultural, el socioeconómico y, sobre ellos dándoles forma, el semiológico sin el cual los otros dos apenas cuentan.

Suele ocurrir que la diversidad cultural, la cualificación para un trabajo específico y el mayor o menor poder adquisitivo que el trabajo le remunere, y el factor semiológico están en relación directa con el racismo y la xenofobia, cuando los avatares de la historia ponen en contacto a gente de diferente tono de piel y de diversos rasgos somáticos. Se ve que, como ya apuntábamos, a la máscara que reproduce rasgos físicos semejantes añadimos la otra según la cual se diferencia a los pobres, a los ignorantes y a los que no hablan una lengua de cultura oficial. Y ante esa máscara colocamos el espejo con el que se entienden las vidas, la relación de poder y los símbolos válidos. Y esto tiende a ocurrir en cualquier lugar, en cualquier cultura y en cualquier raza. Y, por supuesto, en cualquier tiempo con resultados más o menos cruentos que van desde las deportaciones, la esclavitud, las muertes *floridas* de las culturas mesoamericanas, los holocaustos europeos recientes o las intermitentes matanzas africanas o la organización en castas de inestable

*Sólo la reflexión que nos permite entender al otro próximo y ponernos en su lugar, puede ofrecer soluciones a la desestabilización*

equilibrio como ocurrió en la España Medieval o como sigue ocurriendo en India.

El factor semiológico en los conflictos suscitados por la proximidad de etnias o culturas diferentes me parece importantísimo, no porque el lenguaje diferente o las costumbres articularias fonadoras hagan imposible la comunicación, sino porque marcan la diferencia. La posesión de los recursos expresivos, suficientes, eso que, en suma, los lingüistas llaman *competencia*, actúa en el seno de una sociedad como elemento clasificador de los individuos, es decir, como instrumento de reconocimiento en el grupo. Quien habla como yo, vendría a decirse el individuo, es como yo, así que puedo depositar en él un mayor grado de confianza respecto a otro que no comparte mis modos lingüísticos. Observamos este fenómeno entre los adolescentes, las tribus urbanas y los grupos profesionales. Por otro lado, a primera vista la competencia lingüística se tiene por marca de preparación para el mundo laboral; si no qué sentido tiene esa preocupación por la ortografía, por ejemplo, como termómetro del conocimiento.

*Presiento que la solución a los conflictos en nuestra sociedad no viene de la mano de un relativismo cultural, sino de una relativización de la cultura*

Tendría que añadir que tanto la imagen del espejo como la máscara están contruidos de elementos semiológicos y lingüísticos; de tal manera que tanto la imagen que de sí mismo tiene el individuo como la de sus *próximos* o prójimos y la de quienes no lo son, inevitablemente se materializa en forma lingüística. Los ejemplos podrían ser objeto de una tesis. Por tanto, compartir el territorio del lenguaje o no compartirlo actúa como factor aglutinante en una sociedad o lo contrario, cuando dicha sociedad comprende a gentes de culturas diferentes y de lenguas distintas, en tanto que el lenguaje les permite participar de un mundo común o no. Esto era una idea obsesiva entre los monarcas absolutos de la Europa moderna.

Estos factores de índole moral, económica y lingüística potencian en el individuo la construcción del espejo y la máscara adecuados para desarrollar su existencia entre otros individuos como él. En principio, se parte de una necesidad de clasificación que le ofrece una brújula para moverse en el conjunto más o menos caótico de su entorno humano, pero a la mínima oportunidad se desencadena el conflicto y ese conflicto se proyecta en la pantalla de los sentimientos del grupo según la sensibilidad del mismo. Si el grupo está sensibilizado ante los problemas socioeconómicos de clase, tendremos servido un conflicto laboral o una revolución, según las dimensiones del mismo. Si las ideas de esa sociedad son permea-

bles al nacionalismo, el conflicto se servirá en la bandeja de la auto-determinación. Se puede llegar a las luchas de religión si el problema es estrictamente ritual. Cuando el grupo siente miedo ante la presencia de nuevos grupos humanos que se han asentado junto a él con carácter transitorio o estable, los antagonismos tomarán la forma del racismo o de la xenofobia, según actúen factores étnicos o simplemente culturales.

Hemos hablado de la proximidad de culturas o razas en el espacio o en el tiempo, pero no hemos hablado de aproximación. En el primer término radica el conflicto; en el segundo la solución. Sin esa cercanía provocada por la migración de los grupos humanos, nunca se darían casos de racismo y xenofobia; porque al individuo de otra raza se le acepta mientras esté aislado y por tanto sea ejemplar único, y se le sienta poseído por el grupo ajeno como una flor exótica; o se le extermina enseguida porque carece de poder, provenga éste de su exotismo sexual, sus conocimientos de brujería o sus buenas aptitudes para un determinado menester, sea el que fuere, si genera problemas. Cuando llega el tropel de emigrantes, entonces la sociedad receptora se asusta, porque siente que su espejo y su máscara son objetos inútiles para entender al recién llegado y, sobre todo, porque sospecha que la llegada de los otros alterará sin duda el equilibrio socioeconómico, su bienestar. No es imprescindible que los emigrantes supongan una desestabilización económica, cultural o lingüística, pues está actuando el elemento básico en toda relación humana, del que hablábamos al comienzo de este artículo, me refiero al recelo. Si al recelo le añadimos cualquiera de los otros factores conflictivos, la crisis será inevitable.

Ante la xenofobia o el racismo suelen adoptarse dos únicas actitudes: una arranca del sentimiento; la otra, de la reflexión. Si a la xenofobia y al racismo se une la pobreza o el desarraigo, la actitud dominante es la primera, venga de la conmiseración o del desprecio, de la animadversión o del rencor. Sólo la reflexión que nos permite entender al otro *próximo* y ponernos en su lugar, puede ofrecer soluciones a la desestabilización económica, social, cultural que provoca el choque de grupos humanos diferentes.

Como decía antes, la proximidad de etnias o culturas diferentes y los problemas que ella produce, suele parchearse con una solución de distancia, como ya decíamos: se establecen ghettos o arrabales y en ellos un poder administrativo de los particulares hábitos, paralelo al poder administrativo general, y, por tanto, mafioso. Ello aca-

*Parece necesario una búsqueda de usos culturales basados en la crítica del propio sistema desde el conocimiento de los sistemas vecinos*

*Todas las culturas deben asimilarse como referencia en un proceso siempre inconcluso, como un punto anterior en el tránsito*

rea de inmediato contradicciones entre un poder y otro poder que desembocan en general en el terreno delictivo; así que se trata de solucionar el problema con métodos policiales. Eso es lo que nos ofrecen, por regla general, las películas americanas sobre el mundo y el submundo de sus urbes. Primero, el problema lo llevaron irlandeses e italianos; luego los afroamericanos venidos del Sur, más tarde todos esos que allí llaman *spanish*. El mismo problema han arrastrado en nuestro país los gitanos.

Presiento que la solución de los conflictos en nuestra sociedad asentada en principios de racionalidad y democracia no viene de la mano de un relativismo cultural, sino de una relativización de la cultura. Según el punto de vista primero, cada cultura debe ser tenida en cuenta en la medida en que es el fruto de un proceso de adaptación a un medio por parte de un grupo, para ejercer un dominio sobre la naturaleza que le permita alcanzar un cierto grado de seguridad y aún de felicidad. Este pensamiento nos ha permitido a los occidentales, sobre todo, acostumbrarnos a lo del otro; cosa que en el siglo pasado no hacíamos. Después de la tempestad imperialista en que el sometido debía adaptarse por derecho de conquista a nuestras costumbres *mucho más racionales*, correspondía la bonanza de la tolerancia incluso por lo que nos sigue pareciendo abominable: la venta de los hijos, la ablación del clítoris y otras cuestiones de la misma índole; bien es verdad que esa tolerancia sólo puede venir dada por circunstancias tan pragmáticas como las redes comerciales de las multinacionales, el petróleo, la posesión de los secretos atómicos, etc.

En occidente, creo yo, se ha trastocado la palabra respeto por tolerancia, dignidad por libertad (como si unas y otras no fueran relativas de sí mismas en relación al prójimo); y todo para que sintamos que las costumbres del otro son tan respetables como las nuestras, aunque, claro, desaprobamos que en África no se promoció más el uso del condón que evitaría tanto infectado de sida, mientras que permitimos a un oriental insertado en Cataluña que sus hijas no realicen en la escuela común la disciplina de educación física. En fin, el relativismo cultural, unido a la tolerancia, no soluciona los problemas de la inmigración sino que los enmascara o más bien ahonda la diferencia.

¿Cómo entender una auténtica y útil relativización de la cultura? En un mundo cambiante en el que cada grupo humano está cada vez más próximo a los demás grupos parece necesario una búsqueda de

usos culturales basados en la crítica del propio sistema desde el conocimiento de los sistemas vecinos.

La eliminación de barreras físicas no es factible, tampoco a corto plazo la eliminación de barreras políticas; sin embargo, la migración cada vez mayor y los medios de comunicación están desposeyendo a estas últimas de su sentido. La llamada aldea global parece que la vamos a tener que admitir, al fin, sólo en el peor sentido como periferia global del gran mundo: el de las finanzas y la alta tecnología (quizá sean el mismo). Lo malo es que esa periferia global estará instalada, o ya lo está, en lo que todavía consideramos eje, centro y motor del resto. No obstante, parece cierto que cada ser humano de los que habitamos el planeta estamos inevitablemente cada día más próximos y por tanto nuestros objetivos, a la hora de desarrollar nuestras vidas, serán sin duda cada vez menos diferentes.

Sin embargo, el concepto de globalización no debería estar animado sólo por motivos económicos o de influencia política (me atrevería a decir, valga la redundancia), sino como vehículo de relación entre los diferentes grupos humanos. Quizá sea más que conveniente compartir formas de pensamientos y otras costumbres en la medida en que sirvan para paliar la insatisfacción o la desdicha: en una búsqueda constante del hombre menos imperfecto, renunciar a lo que en cada cultura parece ir contra la búsqueda de la felicidad, empezando por supuesto por la felicidad positivista. Esto requeriría una constante revisión de los recursos culturales de cada grupo. Ya sé que el punto de partida es difícil, por cuanto no todas las realidades culturales se asientan como la nuestra en la razón y el principio de la moral kantiana. Sin embargo, sí creo que el respeto a la dignidad del ser humano sea un buen punto de partida.

En occidente hemos aprendido de los americanos aborígenes que la posesión bíblica de la Tierra no es tan conveniente ni deseable y que el respeto de la naturaleza se hace necesario, también hemos tenido que aceptar de otras culturas métodos de curación de las enfermedades basados en procedimientos alternativos o formas de organización social menos traumáticas que la nuestra. Otros grupos humanos se benefician de muchos aspectos de nuestro saber. Parece, pues, que todas las culturas, en la medida en que son en suma el pensamiento de un grupo vivo, deben estar vivas también y, por tanto, deben asimilarse como referencia en un proceso siempre inconcluso, como un punto anterior en el tránsito.

En fin, parece que vamos a tener que asimilar que nuestro *próximo*

*Se precisa de una escuela compartida donde se enseñe el respeto sobre la tolerancia, lo común sobre lo diferencial, lo oportuno sobre el oportunismo*

*De nada servirá  
la escuela, sin  
que la ley y la  
justicia ofrezcan  
un ámbito de  
acción idéntico  
para cada  
individuo*

no va a participar de nuestros hábitos ni lingüísticos ni económicos ni sociales. Por ello, será imprescindible establecer vías de comunicación, formas de diálogo donde converjan los intereses de cada grupo. Se hace necesario comunicarse no para destruirse sino para construir las formas culturales que nos ofrezcan un espejo y una máscara conveniente ante las alternativas del devenir. En ese contexto de espacio vital compartido, más que en ningún otro se precisa de una escuela compartida también donde se enseñe, en primer lugar, el respeto sobre la tolerancia, lo común sobre lo diferencial, lo oportuno sobre el oportunismo, haciendo hincapié en que la dignidad y la libertad son conceptos que acogen lo individual y lo colectivo en paridad y hacen innecesario siempre el de la fraternidad de cariz cristiano. De nada servirá la escuela, sin que la ley y la justicia ofrezcan un ámbito de acción idéntico para cada individuo, dejando al margen su origen igual que su sexo, su sexualidad, sus gustos culinarios o sus creencias religiosas instituyéndolo, por tanto, como ser acreedor a un trabajo y a una protección estatal cuando no alcance a ejecutarse ese derecho que le ayude a ser feliz en sentido positivista, es decir, que cubra sus necesidades vitales y también lo consideren acreedor a esa otra felicidad metafísica. Sin olvidarnos que un estado no es un ente abstracto ni emotivo, sino una sociedad plural que ha de ocuparse de los que, en ella, no hallen el bienestar debido.

En resumen, se trata de confeccionarnos un espejo y una máscara nuevos en el que nos podamos reflejar con más nitidez un mayor número de individuos sin temor a que en esa mirada se encuentre desdibujada la parte única que porta cada individuo.

Lo demás tendrá que hacerlo la buena voluntad de cada uno, es decir, el deseo de actuar correctamente persiguiendo un fin bueno procurando tratar a su ser próximo en justa paridad a como desea ser tratado por él. Quizá las soluciones económicas, políticas y sociales pasan, tarde o temprano, por una solución moral.